JUAN PESET ALEIXANDRE

1886-1941

Pedro Laín Entralgo

Mi colega y amigo el profesor Paul Diepgen, titular de Historia de la Medicina en la Universidad de Berlín, compuso en su senectud, acogido al refugio que le había ofrecido la entonces joven Universidad de Maguncia, un precioso libro titulado *Unvollendete,* "Inacabados", en cuyas páginas trazó breves y emotivas semblanzas de médicos creadores, a los que una muerte temprana impidió dar cima a la obra iniciada. *Unvollendete,* inacabados. En rigor, ¿no podría decirse lo mismo de toda persona muerta, cualquiera que fuese la edad en que terminó su vida? ¿De qué vida humana puede afirmarse que esté total y definitivamente conclusa a la hora de morir? "No hay joven que no pueda morir al día siguiente, ni viejo que no pueda vivir un año más", me dijo una vez don Ramón Menéndez Pidal, ya nonagenario, al quedarme yo pasmado ante la cantidad de los proyectos literarios que todavía tenía en planta. Sí: si aún queremos hacer algo, sea egregio o gregario el posible resultado de nuestro empeño, todos moriremos inacabados.

Pero con qué honda y patética verdad puede decirse esto de aquellos a quienes quitó tempranamente la vida, no la enfermedad, ni la decrepitud, sino la saña homicida de sus semejantes; si es que los que así proceden pueden ser así llamados. Entre ellos, por modo eminente, el gran universitario que recordamos hoy, Juan Peset Aleixandre. Diré brevemente cómo lo recuerdo yo.

Desde que Ortega tan brillantemente la glosó, muchas veces ha sido repetida entre nosotros una lapidaria sentencia de Dilthey: que la vida humana es una mezcla de azar, destino y carácter. Llamamos azar a lo que sucede pudiendo no haber sucedido; y sin fatalismos ni supersticiones, podemos llamar destino a las varias instancias de nuestra constitución biológica y nuestro mundo que nos mueven, nos impelen o nos fuerzan a ser lo que en definitiva somos. *Fata volentes ducunt, nolentes trahunt,* decían los antiguos; y por mucho que creamos en la fuerza de la libertad y del carácter —esa capacidad, grande en unos, débil en otros, para vencer o gobernar azares y coacciones—, todos, al hacer el balance de nuestra vida, nos sentiremos obligados a decir algo semejante.

Dos básicos *fata,* dos envolventes hados informaron, durante los diez primeros lustros de su vida, el destino de Juan Peset: uno local y en cierto modo biológico, su estirpe; otro nacional y resueltamente histórico, su generación.

Si tenemos en cuenta que desde el siglo XVIII ha habido en Valencia "Pesets" prestigiosos, casi todos médicos, no sería desmedido hablar de "la saga de los Peset". Mariano Peset de la Raga, bisabuelo del que ahora recordamos, fue primer

médico del Hospital General de Gandía. Su hijo Juan Bautista Peset y Vidal, profesor en la Facultad de Medicina de Valencia, honró durante muchos años a su Facultad y a su ciudad como clínico, epidemiólogo y doctísimo conocedor del pasado de la Medicina. Hijo de Juan Bautista fue Vicente Peset y Cervera, ilustre catedrático de Terapéutica, autor de un tratado de su disciplina que a comienzos de nuestro siglo podía codearse con los mejores, entre los que por entonces circulaban en Europa. Todavía le recuerdo, ya al borde de su jubilación, leyendo el discurso de apertura del curso 1924-1925: aquel entusiasta y erudito alegato en defensa de la ciencia española, en la línea de los de Forner y Menéndez Pelayo, que con devota y pedagógica intención él tituló *Amemus patriam.* Hijos de don Vicente Peset fueron Juan, Tomás y Mariano, médico-legista uno, prestigioso sanitario otro y distinguido arquitecto el tercero. Y la estirpe está siendo muy dignamente continuada por sus hijos.

Permitidme un breve inciso para evocar la tan valiosa y triste vida de Vicente Peset Llorca, otro eximio inacabado. Casi un niño era cuando le conocí yo, ambos como visitantes, él familiar, yo discipular, del laboratorio que don Juan tenía en la entonces plaza de Emilio Castelar, junto a la Telefónica, y como amigo suyo he tenido el privilegio de seguir tratándole hasta su muerte. Qué fina y aguda inteligencia la suya, qué minucioso rigor el de sus trabajos científicos, qué acendrada y creciente vinculación a lo mejor de su tierra, qué severa dignidad retraída en el constante sentimiento de su herida filialidad. Quedó para siempre marcado, en efecto, por el daño de ese hondo sentimiento, y así perdió la Universidad española un hombre que tanto la hubiese prestigiado. Aquí y ahora, no podía faltar el recuerdo del malogrado y eminente —ambas cosas fue él, además de inacabado— Vicente Peset Llorca.

La estirpe, poderosa instancia del destino de Juan Peset Aleixandre. ¿Acaso no la estamos viendo en el estudiante que a los veinte años ya es médico, en el médico que tan precozmente se hace investigador y casi al mismo tiempo, *per baix cama,* dirían acaso en su Godella natal, se doctora en Medicina, en Derecho y en Ciencias químicas, y en el doctor que en 1910, todavía no cumplidos los 24 julios, gana la cátedra de Medicina legal de Sevilla? Pero no se entendería bien lo que don Juan Peset fue y cómo fue eso que fue, si junto a la influencia familiar y local de la estirpe no viésemos —aparte, claro está, su gran talento personal— la impronta nacional e histórica de una generación.

Por su edad y por su estilo vital perteneció Juan Peset a la espléndida generación que compareció formalmente en la vida pública española entre 1910 y 1915. Generación "del 12" la han llamado algunos; "prebélica" la denominó Marañón, pensando en la fecha de iniciación de la Primera Guerra Mundial; "de Ortega", por el nombre de su más notorio miembro, la llaman otros. Ortega, Ors, Pérez de Ayala, Picasso, Blas Cabrera, Rey Pastor, Américo Castro, Madariaga, Azaña y Ángel Herrera son algunos de sus más distinguidos componentes, entre los no médicos; Achúcarro, Marañón, Río-Hortega, Tello, Nóvoa Santos, Hernando, Lafora, Goyanes, García Tapia, Augusto Pi y Suñer y Pittaluga, entre los médicos. Y, por supuesto, nuestro Juan Peset, nacido en 1886, tres años después que Ortega, uno antes que Marañón, y enteramente afín, como he dicho, al espíritu común de ese estupendo grupo de españoles.

Cuatro rasgos principales veo yo en la hazaña de tal generación. El primero, su firme y consciente propósito colectivo de europeizar a España, precisamente por haber conocido desde dentro España y Europa. No era nueva, en rigor, la consigna de nuestra europeización; baste recordar la voz de Costa; lo nuevo es que la empresa se acomete ahora colectivamente y con un verdadero conocimiento personal, cada uno en lo suyo, de lo que Europa —aquella Europa— en sí misma era. Segundo rasgo, la común voluntad de fundir esa proyectada europeización con lo mejor —lo mejor real y lo mejor posible— de nuestra vida histórica y popular. La tradición a que se acogía el grupo no era la tópica "tradición tradicionalista", si se me admite esta redundancia, sino el ideal resultado de combinar lo que en nuestra cultura había sido o estaba siendo óptimo —Cervantes, Velázquez, Goya, Cajal, Menéndez Pidal—, lo que en nuestro pueblo perduraba como gracia, donaire y callada sed de justicia y, sobre todo, lo que sobre el inexplorado fundamento de ambas realidades entonces se pudiera edificar: "la gema iridiscente de la España que pudo ser", según la espléndida frase de Ortega. Tercer rasgo, la primaria concepción de aquella alineación nuestra con Europa como osada creación intelectual y científica, metódica educación para la ciencia y el trabajo y eficaz adopción habitual de la ordenada convivencia en libertad. Lo que había sido magnífica semilla dispersa en los hombres de las dos generaciones precedentes —Cajal y el segundo Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Asín Palacios— se trocaba ahora, sin explícito proyecto previo, en orgánica tarea colectiva. Y todo ello, cuarto rasgo de la generación, servido eficazmente no sólo por el esfuerzo personal de cada uno, también mediante instituciones de orientación y ámbito muy diversos: la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela, el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Cajal, la "Revista de Occidente", "El Sol", el Institut d'Estudis Catalans, la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona... No sería exagerado decir que de los logros y de los fracasos de esa gran generación, de ambos a la vez, está viviendo buena parte de nuestra cultura actual.

La fusión de una estirpe y una generación, lo repetiré, configuran casi todo lo que es destino en los diez primeros lustros de la vida de Juan Peset Aleixandre. Destino que en su caso se realizó en dos líneas íntimamente conexas entre sí: su fulgurante carrera universitaria —doctorado en Medicina (1907), en Ciencias químicas (1908) y en Derecho (1909); catedrático de Medicina legal en Sevilla y luego en Valencia (1916); maestro indiscutible e indiscutido de todos los que a partir de 1926, cuando él, en los cuarenta años de su edad, había alcanzado la entera plenitud de sus *Meisterjahre,* aspiraban en España a la cátedra universitaria de su disciplina: Aguilar, López Gómez, López Ibor, Pérez Argilés, Pérez Villamil, Guija Morales— y, sobre todo, su incesante entrega a la investigación científica.

Así en el orden personal como en el generacional, encuentro profundamente significativo que el primer trabajo impreso de don Juan Peset —¡en 1905, a sus diecinueve años!— fuese la memoria *Luz..., más luz,* premiada por la Universidad de Valencia. La elección, como título de ella, de la célebre frase postrera de Goethe, elección que desde Valencia anuncia la "heliomaquia" barcelonesa de Ors y la también goethiana confesión vocacional del madrileño Ortega —"Yo soy del linaje de aquellos — que de lo oscuro aspiran a lo claro"—, ¿no está proclamando que esos tres hombres podían reconocerse entre sí como entre sí se

reconocían en la jungla indostánica, testigo, Rudyard Kipling, los animales de igual especie; esto es, diciéndose unos a otros "Tú y yo somos de la misma lengua"?

Inicialmente formado junto a su padre y luego en Europa —es discípulo de Fresenius, uno de los padres de la química analítica, en Wiesbaden, y de los médico-legistas Ogier y Bertillon, en París—, bien tempranamente comienza el joven Juan Peset su carrera de investigador. A tres principales campos pertenecen las publicaciones científicas de nuestro autor: la medicina legal, la química y la epidemiología de laboratorio. A riesgo de pecar de farragoso, déjeseme mencionar algunos de sus trabajos.

Muévense en el primero de esos campos, el médico-legal, la tesis con que se doctoró en Derecho, *Aplicación jurídica de las ideas modernas sobre responsabilidad criminal y su atenuación por causas patológicas* (1909), las monografías *La fotografía métrica de Bertillon* (1908) y *La responsabilidad atenuada* (1912) y los artículos de revista "Nuevo método de destrucción de la materia orgánica en el análisis toxicológico" (*Rev. R. Acad. Ciencias,* 1908), "Microchimie des iodomercurates alcaloïdiques" (*An. Hyg. Pub. et Méd. Lég.,* 1909), "Microquimia de los iodocadmiatos alcalóidicos", en colaboración con T. Hernando (*Rev. Clin. Madrid,* 1909), "Las sales de oro en microquimia espermática" (1910), "Tratamiento electrolísico de la intoxicación mercurial" (1910), "La fotografía médica con las cámaras ordinarias" (1910), "El obrero y la ley de Accidentes del Trabajo" (1911), "Investigación forense de la sacarina" (*An. Inst. Med. Val.,* 1911), "Datos para la investigación toxicológica de los alcaloides y algunos glucósidos" (1911), "Ueber eine neue mikrochemische Reaktion des Spermas" (*Ztschr. für Anal. Chemie,* 1911), "Hematoquímica legal", en colaboración con el Dr. Peset y Cervera (*Rev. Val. de Ciencias Químicas,* 1913), "Las docimasias de la agonía" (*Rev. Med. Sevilla,* 1914), "Valor diagnóstico de la presencia de albúmina en el líquido cefalorraquídeo después de la muerte" (*Policlínica,* 1914), "Docimasia pulmonar cuantitativa" (1914), "Las hemoaglutininas normales en medicina legal" (Valladolid, 1915), "Causas de error de las hemoaglutinaciones en medicina legal" (Valladolid, 1915), estos cuatro últimos títulos en colaboración con Tomás Peset, "Nuevo reactivo de coloración para alcaloides y compuestos análogos", en colaboración con R. Buendía (*An. Soc. Esp. de Física y Química,* 1916), "Un caso de hidrología médico-legal" (*Cron. Med.,* 1928).

Entre los de carácter químico mencionaré los siguientes: *Nota experimental sobre varias sales nuevas de piridina* (tesis doctoral de Medicina, 1908), *Nuevo método general para la determinación electroquímica de los metales muy oxidables* (tesis doctoral de Ciencias químicas, 1909), "Estudio sobre la valencia química" (*Physikalisch-Chemisches Centralblatt,* 1907), "Beitrag zur elektrolytischen Bestimmung des Wismuts" (*Ztschr. für Anal. Chemie,* 1909), "Nueva probeta para el análisis de gases" (*An. Fac. Ciencias Zaragoza,* 1908), "El agente productor de la reacción de Barberio" (1908), "Zum Nachweis des Phosphors" (*Ztschr. für Anal. Chemie* (1909), "Ueber den Nachweis des Anilins" (*Ztschr. für Anal. Chemie,* 1909), *Estudio crítico sobre los métodos propuestos para la investigación urológica de la glucosa,* en colaboración con Tomás Peset (1911), *Análisis industrial de las cianamidas,* en colaboración con Vicente Peset (1911), *Investigación analítica de los medicamentos orgánicos* (1912), "Reactivos generales de las oxidasas" (*An. Soc. Esp. de Física y Química,* 1914), "Nuevos reactivos para la

investigación del ácido cianhídrico", en colaboración con J. Aguilar (*Arch. Med. Leg.*, 1922), y "Semimicrométodos colorimétricos", en colaboración con J. Morera (*Cron. Med.*, 1929).

No menos copiosos fueron, en fin, sus trabajos sobre temas bacteriológicos y epidemiológicos: *Valor higiénico de la presencia del colibacilo en las aguas de alimentación* (1913), "¿Auto o heterovacunoterapia antitífica?" (*Policlínica,* 1913), "624 aplicaciones de tifovacuna polivalente" (*Rev. Med. Sevilla,* 1914), "Sobre la homogeneización de los esputos por la antiformina" (*Rev. Hig. y Tuberc.*, 1914), "¿Existen los *Schutzfermente* de Abderhalden?" (*An. Soc. Esp. Física y Química,* 1914), "Vacunación antitífica en medio epidémico" (*Congr. Asoc. Esp. Progr. Ciencias,* 1915), "La vacunación mixta antitífica y antimelitocóccica parece la más adecuada para nuestra región" (*II Congrès de Metges de Llengua Catalana,* 1917), "La vacunación antitífica preventiva en Sevilla" (*Rev. Med. Sevilla,* 1915), "Estudio experimental de la adducción de las aguas residuales de Sevilla a la ría del Guadalquivir" (*Andalucía médica,* 1916), "Vacunación y revacunación antitíficas" (*Med. Val.*, 1916), "La reacción de Wassermann practicada con humor acuoso" (*Congr. Asoc. Esp. Ciencias,* Sevilla, 1917), "Tres epidemias de fiebre tifoidea tratadas por la vacunación: acción detentiva de la misma" (*id. id.*, 1917), "Nuevo método general para análisis de esputos por la identificación específica de sus albúminas" (*Med. Val.*, 1917), "Importancia del neumococo en la actual epidemia" (*Policlínica,* 1919), "La vaccination antityphique en Espagne" (*Laboratorio,* 1919), "Resultados experimentales y clínicos para una nueva orientación de la sueroterapia antimeningocóccica" (*Policlínica,* 1925), *Mecanismo químico-coloidal de las reacciones de inmunidad* (1921).

No están en la apretada numeración precedente todos sus trabajos científicos, lo sé; pero bastan los mencionados para demostrar hasta la saciedad la importancia de don Juan Peset como hombre de ciencia y su plenísimo, sobreabundante derecho a figurar entre los mejores de la grande y fracasada generación española a que perteneció. Con Lecha Marzo, pero con amplitud y rigor científico notablemente superiores a los de éste, Juan Peset fue, en efecto, el hombre que dio nivel verdaderamente europeo a nuestra Medicina legal.

Por dos veces he llamado grande y fracasada a la generación de Juan Peset. Grande, espléndida fue por su obra, tan vigente aún para todos los españoles en cuya alma sean serias y obligantes las palabras "España", "ciencia" y "libertad". Fracasada, también, que en el fracaso quedó hundido su empeño, por culpa del enorme trauma histórico de nuestra guerra civil. Los mejores entre quienes la componían, ¿no cometieron acaso la optimista ingenuidad de pensar que "el macizo de la raza" —lo diré con la eficaz expresión de Antonio Machado, tan feliz y certeramente revivida por Dionisio Ridruejo— era ya social e históricamente configurable según el noble espíritu de que ellos eran titulares? Para mí, sin duda. Pero si nos miramos a nosotros mismos los no pocos en quienes está vivo lo mejor de su magisterio y resuenan con brío nuevo aquellas tres palabras, tal vez podamos decir, como Don Quijote a su regreso a la aldea: "Aún hay sol en las bardas".

Volveré a mis recuerdos. Fui interno de Medicina legal en 1929, antes de ser alumno suyo, y esto me permitió tratar con cierta asiduidad y cierta proximidad a don Juan Peset. El hecho de ser yo licenciado en Ciencias químicas le hizo mirarme con simpatía, y mi celo en la preparación de las prácticas —la detección

del arsénico con el aparato de Marsh, la obtención de cristales de hemina en las manchas de sangre, la visión de los espermatozoides en las de esperma, las frecuentes autopsias médico-legales— puso cierta confianza en mi trato con él; aun cuando nunca dejara de imponerme su gran corpachón, su severa mirada miope y aquella exigente e impaciente voz con que tantas veces me hacía bajar del aula, allá en el segundo piso de la vieja Facultad, hasta el laboratorio, aquel cuchitril angular camino de la sala de disección, para llevarle tal o cual cosa. Más de medio siglo ya... Afloran ahora en mi memoria una regla metódica, un consejo pragmático, una preocupación y una incitación.

La regla. Una frase, cazurra en la apariencia, seriamente científica en su meollo, que con frecuencia se le oía: "Entre buenos amigos, con verlo basta". Esto es, el hábito de exigir evidencia para aceptar personalmente lo que se oye. Sin él, no hubiese nacido la ciencia moderna.

El consejo: "Para publicar un trabajo científico, hay que saber darle a tiempo el tijeretazo". Sin la osadía de creerlo publicable y sin la humildad de cortarlo a tiempo, porque todo trabajo científico, si uno lo ha tomado en serio, es literalmente inacabable, ¿serían los hombres de ciencia otra cosa que autores de cuentos de nunca acabar?

La preocupación. Allá por 1930, don Juan Peset llevaba muy adelantada la redacción de un gran tratado de Medicina legal. Vi más de una vez en su laboratorio privado el creciente montón de las cuartillas mecanografiadas que un día habían de ir a la imprenta, leí capítulos de ellas, y desde entonces tengo la convicción de que allí estaba en potencia próxima el máximo *Handbuch* europeo de la disciplina. Mi preocupación: ¿qué ha sido de aquel ya tan voluminoso torso?

La incitación: la que recibí oyéndole —a él, que no era psiquiatra— sus cuidadas y sugestivas lecciones de psiquiatría, inteligente glosa personal del manual de Bleuler, entonces reciente. Lo poco que después yo tuve de psiquiatra, de esa secreta incitación nació.

La proclamación de la Segunda República dio nueva figura a lo que en la biografía de Juan Peset Aleixandre fue destino. Él, que nunca había sido político, vio en el nuevo régimen el camino hacia la España que en su intimidad quería —otra forma del *fatum* generacional de que antes hablé—, se inscribió en Acción Republicana, el partido que consideró más afín a sus ideales, y pronto fue su jefe en Valencia. Luego, el drama arrollador de la guerra civil; y a su término —ahora, con el destino, el azar—, el suceso que le hizo caer en las manos inmisericordes de los vencedores en la contienda. A continuación, meses y meses de trato vejatorio en la prisión, la condena a muerte, la dura y fría negativa de cuantos recibieron una petición de indulto. Me cabe la amarga satisfacción de haber acompañado de despacho en despacho, implorando clemencia, a la que pronto iba a ser su viuda. Y por fin, el 24 de mayo de 1941, la ejecución.

Como todo lo que acontece en la vida de un hombre, la muerte, postrero y supremo de los trances de ella, tiene en sí factualidad y sentido, es a la vez hecho y evento.

El hecho de la muerte es lo que en ella ven o pueden ver los ojos de la cara y lo que con sus métodos y sus conceptos nos hacen conocer los hombres de ciencia. En este caso, el estremecedor espectáculo que forman el estampido de una descarga de fusilería y la visión de un cuerpo humano que se derrumba

como un gran muñeco roto. Para andar con plena dignidad de hombre por el mundo, conviene, amigos, imaginar de cuando en cuando muchas cosas que nunca vimos y cuya figura no nos es cómodo evocar.

Pero la muerte de un ser humano tiene, además de su factualidad, su sentido. Y la de Juan Peset alcanza buena parte del suyo —¿quién podrá conocer el sentido total de la muerte de un hombre?— por sus dos instancias determinantes: que él era un vencido en nuestra guerra civil y que le mató la saña implacable de los que en ella vencieron. Cuidado: en modo alguno desconozco ni aminoro —¿cómo podría hacerlo?— que también parte de los vencidos cometieron horrores semejantes. Menos aún quiero entrar en ese macabro deporte —en el fondo, un larvado propósito de autojustificación, una torpe, terca y sorda resistencia a examinar la conciencia colectiva del grupo propio— consistente en comparar la cantidad y la calidad de los muertos en uno y en otro lado, y de cotejar los modos de llevar a término la acción homicida. Tampoco cederé, aun cuando alguna justificación tendría ahora este inciso, a la tentación de poner en contraste la dilatada y estentórea publicidad de que a lo largo de cuarenta años han gozado los horrores de los vencidos, y el hecho de que sólo desde hace poco y como por resquicios, acaso entre amenazas, hayan comenzado a salir a la luz pública los hasta ahora ocultos horrores de los vencedores. Ni siquiera glosaré este doble y patente hecho: que ninguno de los que a sí mismos todavía se llaman vencedores ha dicho públicamente, en nombre de su grupo, "Señor, pecamos", al paso que, desde sus respectivas creencias, no pocos de los más representativos entre los vencidos sí supieron hacerlo. Nada de esto haré, porque esa gran parte del sentido que para nosotros tiene —debe tener— la execrable muerte de Juan Peset la expresó oportuna y ejemplarmente, todavía en pleno fragor bélico, aquel en quien Juan Peset tuvo su jefe político. Recordamos y queremos recordar, sí, la muerte de Juan Peset. No podemos y no debemos olvidarla. Pero sin sombra de saña o de rencor. Porque nuestro recuerdo lleva consigo el agradecimiento a lo que durante su vida él hizo, y porque intencionalmente culmina en las hermosas palabras a que acabo de referirme: "Piedad, paz, perdón". Nuestro secreto problema es: ¿cuántos son y cuántos van a ser los españoles que, cualquiera que sea su procedencia política, en verdad quieren hacerlas suyas?

Las han hecho suyas, sí, la Universidad de Valencia, que ha tenido la valentía y el acierto de rendir este homenaje al que fue su Rector, y todos los colaboradores del libro que a su memoria ha sido dedicado. Las hacemos nuestras cuantos con buena voluntad, o al menos sin internas reticencias, hemos concurrido al acto que hoy se celebra. Y con mi gratitud personal a un gran maestro, con mi admiración a un universitario eminente y a un eximio hombre de ciencia, con mi deuda de español ante un importante miembro de la generación de que me siento hijo, las hago mías yo, que he recibido el honroso encargo de recordarle hoy y que día tras día hago cuanto puedo por lograr que esa paz, esa piedad y ese mutuo perdón sean camino —trasladaré ahora al presente la incitante y luminosa frase de Ortega— hacia la gema iridiscente de la España que puede ser. Que todavía puede ser.